

3. Jorge Hernández Martínez *

Zinn, entre nosotros: Mitos, verdades y falacias sobre los Estados Unidos

En el año que transcurre, 2015, se cumplen 25 años de que viera la luz la trascendental obra de Howard Zinn, *A People's History of the United States*. Publicada originalmente en inglés en 1980, en una edición que luego sería revisada y ampliada de modo paulatino por el autor, al agregar de forma sucesiva nuevos capítulos, sumando al escrutinio inicial que examinaba desde la etapa colonial hasta la Administración Carter, las de Ronald Reagan, George H. Bush, William Clinton. En su última actualización, en 2004, incluyó análisis sobre el proceso electoral de 2000 que condujo a la presidencia a George W. Bush y los impactos del 11 de septiembre de 2001.

La versión en español de ese último esfuerzo sería publicada por diversas casas editoras, con amplia difusión en América Latina. En Cuba, con el título de *La otra historia de los Estados Unidos*, la Editorial de Ciencias Sociales tuvo similar iniciativa en el mismo año 2004, agotándose su venta en pocas semanas. Sus ediciones en inglés, sin

embargo, eran conocidas en el país, desde que los estudiosos entraron en contacto con ellas, al conocerse la obra en América Latina. En buena parte de los círculos académicos internacionales, la mirada propuesta por Zinn se colocó frente a las principales corrientes dominantes, de orientación burguesa, en los estudios sobre la historia estadounidense, divulgados hasta entonces a través de los libros de texto y de otras representaciones culturales que legitimaban una visión edulcorada del imperialismo.

Así, ante los enfoques tradicionales que escribían una historia norteamericana “de arriba hacia abajo”, basada en las acciones de figuras o personalidades ilustres articuladas, emergía una nueva manera de asumir la historia, “de abajo hacia arriba”, con antecedentes tempranos en las décadas de 1960 y 1970, pero que no cristalizan sino al finalizar esta última y comenzar la siguiente¹. Justamente, bajo el liderazgo intelectual de Howard Zinn y de algunos otros, como William Appleman Williams, la nueva historia, con el signo del pensamiento crítico, narraría las historias de aquellos a los que se les negó la voz en el pasado o dicho de otro modo, interpretaría la historia de la gente sin historia. Se trataba de una corriente de tradición marxista, que tomaba en cuenta a los sectores marginalizados, excluidos, explotados, segregados, a los olvidados: el movimiento obrero, la población negra, las mujeres, los indios, los chicanos, los grupos de origen asiático.

* Profesor Titular y Director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), Universidad de La Habana. E Mail: jhernand@cehseu.uh.cu

¹ Entre las obra pioneras puede mencionarse la de William Appleman Williams, *The Countours of American History*, Quadreangle, 1961, y la de Howard Zinn, *The Politics of History*, Beacon, 1970.

En la medida que coincide este año con el quinto aniversario de la desaparición física de Zinn, en 2010, resulta aún más oportuno regresar a la significación de su obra, más allá del contexto en que fuera escrita, resaltando la vigencia íntegra de su legado, en las condiciones actuales que vive el mundo y en particular, la sociedad norteamericana. A simple vista, pareciera que los retos que los procesos en curso le imponen al pensamiento crítico contemporáneo plantean hoy tantas urgencias como ayer, desde el punto de vista de lo imperioso de contar con una visión histórica dialéctica, comprometida con el pasado, el presente y el devenir. Como quedaría claro desde la perspectiva historiográfica que resume y simboliza la obra de Howard Zinn en términos ideológicos, teóricos y metodológicos, es necesario discernir entre la falta de información, la confusión, la falsa conciencia y la manipulación, sobre todo si se tiene en cuenta que como señalaran Marx y Engels, “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante”.²

El presente artículo ha sido motivado por la intención de rendir un modesto tributo, reconocimiento, homenaje, a la contribución de una obra no sólo necesaria, sino imprescindible, para quienes se interesan en los estudios sobre los Estados Unidos. De manera ejemplar, Zinn caminó sin

extraviarse por un laberinto de hechos, estereotipos y tergiversaciones, logrando avanzar decisivamente en el necesario discernimiento entre mitos, falacias y verdades, que forman parte de la historia y la cultura norteamericanas. Este aporte intelectual, unido a la huella que dejó en su práctica militante, hace que Zinn perdure, que siga entre nosotros.

Zinn y la historiografía norteamericana en su contexto sociopolítico y académico

Como es conocido, Zinn fue mucho más que un historiador. Fue un creador comprometido con su tiempo, que podría ser considerado como genuina expresión de lo que Gramsci definiría como un intelectual orgánico. Ante todo, fue un destacado activista político, un referente de los movimientos sociales en defensa de los derechos civiles y pacifistas en la sociedad norteamericana. Al momento de morir, de un ataque cardíaco en marzo de 2010, cuando viajaba por California, tenía 87 años y era profesor emérito del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Boston, donde enseñó entre 1964 y 1988. Su trayectoria profesional comprendía un sostenido desempeño en el periodismo como columnista en diversos medios de la prensa escrita y como dramaturgo, aportando obras teatrales y críticas de arte.

Nacido en Brooklyn, en 1922, en una familia de inmigrantes judíos, se educó en la Universidad de Nueva York y en la Universidad de Columbia, donde recibió su doctorado en historia. Trabajó como profesor en Spelman College, una universidad para

² Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología Alemana*. Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, p. 30.

mujeres negras, en la racista ciudad sureña de Atlanta, hasta su traslado para la Universidad de Boston.

En un artículo publicado en México, en *La Jornada*, a raíz de su fallecimiento, el periodista David Brooks señala que Zinn había manifestado en un discurso pronunciado en Baltimore en los años de 1960 que “el problema no era la desobediencia civil, sino la obediencia civil”, durante un acto al cual acudió en lugar de presentarse ante un juez para ser sentenciado por sus acciones contra la guerra en Vietnam. Después, cuando regresó a la Universidad de Boston, la policía lo esperaba para arrestarlo³. Veterano de la Segunda Guerra Mundial, donde participó en los bombardeos aéreos contra Alemania, Zinn retornó después del conflicto para ver la destrucción que se cometió y desde entonces decidió que se opondría a la guerra. En ese contexto es que se inicia en las luchas del movimiento de derechos civiles, alentado a sus estudiantes a participar en él, siendo una de ellas Alice Walker, devenida luego en conocida activista e intelectual, autora de *El color púrpura*, quien mantendría una larga amistad personal con el profesor.

Según referiría Brooks, en lo que tal vez fuera la última contribución de Zinn a un medio de comunicación, el historiador escribiría unos párrafos para *The Nation* sobre el primer año de gobierno de Barack Obama, donde expresaba: “ No me ha decepcionado terriblemente porque no esperaba mucho de él. Esperaba que fuera un presidente

demócrata tradicional. En política exterior, eso es poco diferente a un republicano: nacionalista, expansionista, imperial y bélico. La gente está impresionada por la retórica de Obama, y creo que ya debería empezar a entender que será un presidente mediocre, lo cual significa, en estos tiempos, un mandatario peligroso, a menos que se presente un movimiento nacional para empujarlo en una dirección mejor”⁴.

Para el profesor argentino Fabio Nigra, especialista en historia norteamericana en la Universidad de Buenos Aires, “Zinn fue un exponente destacado de una serie de historiadores comprometidos con su pueblo, en particular en Estados Unidos. Es como si hubiera sido un historiador del Tercer Mundo inserto profundamente en el aparato académico norteamericano, poniendo en evidencia en forma sistemática las prácticas imperialistas, racistas y escasamente democráticas de su clase dominante, perspectiva ideológica que contradice claramente la visión hegemónica dentro de las grandes universidades estadounidenses”⁵.

Es importante precisar que la obra de Zinn debe comprenderse a partir de antecedentes que remiten a una veintena de años antes; es decir, el origen de sus ideas se inscribe en el contexto de los conflictos sociales y políticos de las décadas de 1960 y 1970, que terminaron con el optimismo político de no pocos historiadores norteamericanos, debido a la ola de movimientos sociales de los famosos *sixties*. Como lo señalara el

³ David Brooks, “Fallece el académico y dramaturgo Howard Zinn a los 87 años de un infarto”, en: *La Jornada*, Jueves 28 de enero de 2010, p. 21

⁴ Idem.

⁵ Fabio Nigra, “En el corazón del imperio”, en: *Página 12*, Viernes, 19 de marzo, Buenos Aires, 2010.

historiador estadounidense Robert Darnton, de nuevo surgió un sentido de crisis de la “identidad nacional” estadounidense: “el conflicto racial, las contraculturas, el radicalismo estudiantil, la guerra del sureste asiático, el colapso de la presidencia, destruyeron la visión de la historia de los Estados Unidos como un consenso espiritual. Entraron los historiadores sociales, no a llenar el vacío sino a hacer a un lado las ruinas de lo que conocía hasta entonces como la *New History* --que pasaba a ser vieja--, no para reconstruir un pasado único sino para lanzarse en diferentes direcciones.”⁶

A fin de otorgarle carta de ciudadanía a la nueva orientación intelectual, pero imprimiéndole una connotación política, surgiría el término de *New Left* como recurso identificatorio, pero en verdad, no era lo suficientemente claro para designar una ideología o corriente de pensamiento dentro de la academia norteamericana. Más bien lo que brindaba era una idea un tanto vaga o difusa, que se refería a un movimiento heterogéneo, integrado por profesores universitarios y escritores con posiciones de una izquierda extremista, sin proyecciones definidas, cercanas incluso en ocasiones al anarquismo, y vinculadas sobre todo al movimiento estudiantil de los años de 1960.

El historiador norteamericano Peter Novick señala que “por supuesto, la novedosa historiografía de izquierda y la nueva izquierda estudiantil tenían importantes raíces comunes. Ambas surgieron por el decenio de 1960, en un clima caracterizado

por el declive del macartismo, la frustración por la estupidez de la política en los años de Eisenhower, la admiración por el naciente movimiento de los derechos civiles en el sur, las primeras sacudidas de oposición a la carrera de las armas nucleares y la agitación en el movimiento comunista, ocasionada por el discurso de Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista Ruso y por el aplastamiento soviético del levantamiento húngaro”⁷.

Este punto de vista es compartido, en líneas generales, en numerosos estudios sobre el período, en el sentido de que se distingue a aquella Nueva Izquierda por su crítica a la corriente historiográfica del consenso, centrada en el Estado y la identidad nacional de los Estados Unidos. Fue así que la propuesta de reconstruir la historia norteamericana a través de una nueva mirada, asumía como objeto de estudio, según ya se apuntaba, a los grupos excluidos por la historia oficial: obreros, campesinos, mujeres, grupos étnicos minoritarios, regiones y comunidades tradicionales. De ahí que, como también se ha señalado, a esta nueva orientación de los historiadores se le conoció como exponente de una historia desde abajo y el campo donde floreció tal perspectiva fue el de la historia social. De modo que la “nueva” historia social norteamericana --la que para Zinn sería “la otra historia”, vendría a ser como una triple reacción en contra de la historiografía burguesa tradicional, centrada en las elites, en la esfera de la política circunscrita a sí misma, y alejada de la economía, la cultura y

⁶ Robert Darnton, “Historia intelectual y cultural”, en *Historias*, No.19, octubre-marzo, pp.41-56. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988, p. 52.

⁷ Peter Novick, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos, Instituto Mora, México D.F., 1997, p. 501

el pensamiento social en su sentido más amplio.

No es posible abordar en pocas páginas, ni es el propósito de ellas, la diversidad de matices, contrapuntos y especificidades que coexisten en ese entramado de relaciones clasistas, institucionales, ideológicas, domésticas y externas, que conforman el tejido de concepciones y corrientes en la historiografía y en el conjunto de las ciencias sociales en los Estados Unidos. A los efectos del presente análisis, bastaría con subrayar que el proceso de articulación de “la otra historia” concede un lugar primordial al estudio de las estructuras sociales, la sociedad civil, los movimientos sociales, en estrecha conexión con otras disciplinas, como la sociología y la antropología, así como con la ciencia política, la teoría de las relaciones internacionales y la historia mundial, si bien en estos tres últimos casos, en una menor medida. A la vez, no podría realizarse un examen a fondo sin tomar en cuenta el profuso debate que en la academia europea, especialmente en la británica, y con gran influencia de la escuela marxista, tributaba a una pauta semejante en el campo de la teoría y la metodología de la ciencia histórica, convergente con la idea floreciente en los Estados Unidos sobre la urgencia de la historia social, escrita “desde abajo”, inspirada por pensadores de mediados del siglo XX, como Christopher Hill, Rodney Hilton, George Rudé, Eric Hobsbwan y E. P. Thompson, de alguna manera relacionados hasta un punto con el Partido Comunista en Inglaterra. Son bien conocidas las principales publicaciones de esta corriente intelectual, *New Left Review* y *Past and Present*, ambas de gran resonancia en el campo de los

estudios históricos y en general, de las ciencias sociales, como exponentes del pensamiento crítico.

El debate de la historiografía marxista anglosajona tuvo resonancia internacional en los decenios de 1950 y 1960, pero no sería hasta los trabajos de E. P. Thompson que llegarían a los recintos universitarios norteamericanos (también canadienses), donde ejercería como profesor de historia y literatura. Un buen número de historiadores norteamericanos de la Nueva Izquierda recibieron su influencia, impactados por sus propuestas acerca de que era preciso recuperar la “experiencia vivida” y el protagonismo de lo que llamaba las “capas bajas” de la sociedad, propiciando los estudios desde las coordenadas de la lucha de clases, los conflictos políticos, los movimientos sociales, la explotación capitalista y el papel, en síntesis, de los sectores populares (los olvidados, los marginados, los sin historia) en el proceso histórico.

El espacio académico que así se iba definiendo abarcaba, por supuesto, el ámbito de la pujante producción sociológica que en los Estados Unidos se alzaba desde la óptica de un pensamiento crítico comprometido con una mirada similar, ante las corrientes dominantes, del estructural-funcionalismo, el empirismo y el pragmatismo, con el protagonismo descollante de un autor como Charles Wright Mills, que sometería además a fuerte cuestionamiento la visión unilateral y reduccionista prevaleciente, sobre las estructuras económicas, políticas, militares y culturales. Sus obras antológicas, *La élite de*

poder y *La imaginación sociológica*, no pueden divorciarse del contexto esbozado.

En resumen, podría afirmarse que la nueva o “la otra” historia, y la sociología crítica norteamericanas, configuraron un campo interdisciplinario, con fuertes vasos comunicantes o zonas de superposición, que se desarrolla en ese país entre las décadas de 1960 y 1980, en medio de discusiones que aún perduran acerca de sus particularidades en cuanto a objeto, método e inmediatez de sus implicaciones políticas.

no siempre ha sido bien recibida entre sociólogos e historiadores. De nuevo, estas cuestiones rebasan los objetivos del presente artículo. Desde el ángulo que interesa subrayar aquí, vale decir que para un autor como Zinn, tanto el concepto de la acción colectiva, que asumiría con fuerza Charles Tilly, como la importancia que le concedía Barrington Moore a la interrelación del espacio y el tiempo en tanto categorías centrales para estudiar la dinámica y el cambio social --ambos reconocidos historiadores y sociólogos políticos, exponentes del pensamiento crítico norteamericano--, están presentes en una cosmovisión que se extendería a los seguidores de la tradición intelectual, científico-social, que representa.

Falacia y realidad: el legado de la Revolución de Independencia

En la *Declaración de Independencia* dada a conocer el 2 de julio 1776, se proclamó, por primera vez en la historia, la soberanía del pueblo, lo que se convierte desde esa fecha

en principio fundamental del Estado moderno. Como se conoce, con ello se reconocía el derecho de la población a la sublevación, a la revolución: se declaraba la ruptura de todas relaciones entre las colonias en América del Norte y la metrópoli británica, exponiéndose las bases sobre las que se levantaba, de manera independiente, la naciente nación.

Desde el punto de vista histórico, la Revolución de Independencia en los Estados Unidos, sin embargo, fue un proceso limitado, inconcluso, sobre todo por el hecho de que conservó intacto el sistema de esclavitud, que ya se había conformado totalmente para entonces, con lo cual quedaría pospuesta casi por un siglo la consecución de ese anhelo universal --la abolición--, hasta la ulterior guerra civil o de secesión, que se desatará entre 1861 y 1865.

Anticipando el derrotero de las revoluciones burguesas europeas --aún y cuando sus especificidades impidan catalogarla, con exactitud historiográfica, como un acontecimiento de idéntico signo--, la independencia de las trece colonias que la Corona Inglesa había establecido en la costa este de América del Norte expresó tempranamente la vocación de lucha por la liberación. También reflejó la magnitud de la conciencia nacional que despertaba en la vida colonial y, sobre todo, la capacidad de ruptura con los lazos de dominación que las potencias colonizadoras habían impuesto en las tierras del Nuevo Mundo.

Es cierto que ese hecho no llevó consigo una quiebra de estructuras feudales preexistentes, como las que preponderaban en la escena europea, ante las cuales

reaccionarían los procesos que en Francia e Inglaterra le abren el paso a las relaciones de producción capitalistas, lo que sí permite bautizarlas como revoluciones burguesas. No podía ser así, ya que desde que aparecieron los gérmenes de lo que luego serían los Estados Unidos de América, nunca se articularon relaciones feudales como tales. Las trece colonias nacieron definidas con el signo predominante del modo de producción capitalista, es decir, marcadas con el signo de una embrionaria, pero a la vez pujante y dinámica matriz social burguesa.

Al situar el proceso en su entorno, apelando a las propias palabras de Zinn “hacia el año 1776, algunas personas importantes de las colonias inglesas descubrieron algo que resultaría enormemente útil durante los doscientos próximos años. El hallazgo fue el pensar que si creaban una nación, un símbolo, una entidad legal llamada Estados Unidos, podrían arrebatárles las tierras, los beneficios y el poder político a los favoritos del Imperio Británico. Y que además, en este proceso, podrían desactivar una serie de rebeliones potenciales y crear un consenso de apoyo popular para la andadura de un nuevo y privilegiado liderazgo”. Sobre esa base, agrega, con razón: “Vista así, la Revolución Norteamericana fue una operación genial y los Padres de la Patria se merecen el respetuoso tributo que han recibido a lo largo de los siglos. Crearon el sistema más efectivo de control nacional diseñado en la edad moderna y demostraron a las futuras generaciones de líderes las

ventajas que surgen de la combinación del paternalismo y del autoritarismo”⁸.

Por su parte, el intelectual cubano Roberto Fernández Retamar resumía lo esencial de dicho proceso, al señalar que “es imprescindible considerar la gran aventura que inició un nuevo capítulo en la historia cuando en 1776 las Trece Colonias, entonces sólo un puñado de tierras y de gentes, emitieron una inolvidable *Declaración*, previa a la francesa de 1789, habiendo desencadenado contra Inglaterra la que iba a ser la primera guerra independentista victoriosa en América. Esa independencia nos parece admirable, a pesar de que aquella *Declaración*, donde se afirmó desafiantemente que *todos los hombres han sido creados iguales*, sería contradicha pronto, pues la esclavitud se mantendría durante casi un siglo en la República nacida de esa guerra. Los hombres que en el papel eran iguales resultaron luego ser sólo varones blancos y ricos: no los indios, que en su gran mayoría fueron exterminados como alimañas, ni los negros, que continuaron esclavizados. La nación que entonces surgió era además, para decirlo en palabras de Martí, *cesárea e invasora*”⁹.

Y es que la Revolución de Independencia de los Estados Unidos se adelantó, no cabe dudas, a la enorme contribución histórica que aportaría, algunos años más tarde, la Revolución Francesa, cuyo impacto es ampliamente conocido, a partir de que abre

⁸ Howard Zinn, *La otra historia de Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004, p. 60.

⁹ Roberto Fernández Retamar, “Cuba defendida. Contra otra leyenda negra”, en: *Cuadernos Americanos*, Vol. 5, No. 47, págs. 22-45, UNAM México, Septiembre-October, 1994, p. 24.

una época de profundas transformaciones, que cambian de modo definitivo todo el panorama social, cultural, científico, productivo, industrial, en Europa, con implicaciones incluso de índole mundial. Estaría de más insistir en el hecho de que la misma ha sido fuente de inspiración de luchadores contra tiranías, sistemas absolutistas --monárquicos, clericales y feudales.

Con razón se ha insistido por no pocos historiadores y especialistas en el origen burgués y sobre todo, en el carácter antipopular de la célebre *Constitución* de los Estados Unidos (ese texto jurídico y político que es el más antiguo en nuestro Continente, y que se toma como modelo por otros países, a la hora de concebir sus propios documentos constitucionales), al caracterizarla como el fruto de cincuenta y cinco hombres ricos, entre quienes se encontraban comerciantes, esclavistas, hacendados y abogados, que sin rodeos no hicieron más que defender sus intereses clasistas. Por supuesto, a pesar del tremendo aporte intelectual y político de figuras como Washington, Jefferson, Hamilton, Madison, Franklin, entre otros, ninguno de ellos tuvo proyecciones de beneficio mayoritario, ni incluyó en sus reflexiones a las masas populares. Desde el punto de vista constitucional, lo cierto es que con la conquista de la Independencia, ni los obreros de las manufacturas, ni los artesanos ni los esclavos no lograron sustanciales mejoras en sus condiciones de vida. El preámbulo de ese documento fundacional en la historia de los Estados Unidos fija, desde su inicio, la visión engañosa, adormecedora. Las primeras palabras que escriben los aludidos padres

fundadores, en primera persona del plural, de modo tal que dejaban clara su inclusión: “Nosotros, el pueblo.”

Precisamente, Howard Zinn lo destaca, cuando al comentarlo, señala que “con ello intentaban simular que el nuevo gobierno representaba a todos los norteamericanos. Esperaban que este mito, al ser dado por bueno, aseguraría la tranquilidad doméstica. El engaño continuó generación tras generación, con la ayuda de los símbolos globales, bien fueran de carácter físico o verbal; la bandera, el patriotismo, la democracia, el interés nacional, la defensa nacional, la seguridad nacional, etc. Atrinchieron los eslóganes en la tierra de la cultura norteamericana”¹⁰.

A continuación, subraya la idea, al agregar que “los Padres Fundadores no tomaron ni siquiera en cuenta a la mitad de la población” al referirse a los segmentos sociales que quedaron excluidos del marco de reclamos e inquietudes por los que se preocupaban los documentos fundacionales de la nación estadounidense”¹¹.

Las bases doctrinales e institucionales sobre las que se levanta el aparato político de los Estados Unidos --y en general, los soportes que sostienen el diseño de la sociedad norteamericana, incluido su sistema de valores-- están contenidas, podría afirmarse, en una serie de documentos, entre los que se distinguen tanto la mencionada *Declaración de Independencia*, de 1776, como la referida *Constitución* del país, rubricada unos años después, en 1787, en Filadelfia. El primero

¹⁰ Howard Zinn, Op. Cit., p. 23.

¹¹ Idem.

sería un texto revolucionario, enfocado hacia la arena internacional, procurando dotar de legitimidad al tremendo proceso que tenía lugar. El segundo fue un documento conservador, dirigido hacia dentro de la sociedad norteamericana, en busca de la preservación o consagración de la normatividad, de la legalidad que sirviera de garantía a los cambios ya logrados.

Para decirlo en pocas y sencillas palabras: la *Constitución* ponía fin a la revolución convocada por la *Declaración de Independencia*. Elitismo, exclusiones, limitaciones, restricciones, se levantarían como realidades, desde allí, en contraposición con los ideales y promesas de participación, libertades, posibilidades y derechos, que se proclamaban antes. Desde esta perspectiva, queda claro que de la manera en que la historiografía tradicional norteamericana suele presentar el legado de la Revolución de Independencia, se trata mucho más de una falacia que de una realidad¹².

Mito y verdad de la vocación democrática

El tema de la democracia es de la más vieja data en el devenir de los Estados Unidos. Sería difícil encontrar a un interesado en el

¹² En buena medida, Zinn prolonga una línea de análisis iniciada por el historiador norteamericano Charles A. Beard, uno de los precursores de la historiografía crítica, conocido por sus estudios iconoclastas sobre el desarrollo de las instituciones políticas de los Estados Unidos, que enfatizan la dinámica del conflicto y cambio socioeconómico, quién afirmaría desde su célebre obra, *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, escrita en 1913, que la *Constitución* de ese país había sido formulada para servir a los intereses económicos de los llamados "Padres Fundadores".

conocimiento o estudio de la realidad norteamericana (su historia, el cine, la literatura, la música, la vida cotidiana, la política) en cuyo imaginario --al procurar asociar determinados conceptos, valores o cuestiones trascendentes al acontecer de ese país, o al tratar de fijar aspectos consustanciales a esa sociedad--, no le viniese a la mente la palabra *democracia*. Y es que gracias al papel del sistema educacional, los libros escolares de texto, los medios de comunicación (radial, escrita, televisiva, cinematográfica), se difunden y reproducen estereotipos, en virtud de lo cual, la promesa o la aspiración democrática se presenta como un imperativo fundacional de la nación norteamericana. En este caso, se trata de uno de los principales mitos sobre los que se construye la autoimagen nacional de los Estados Unidos, así como su imagen en el mundo.

No importa que el término no aparezca como tal, para sorpresa, seguramente, de muchos, ni en la *Declaración de Independencia* ni en el texto de la *Constitución*. Sucede que la democracia es una de las cuestiones más discutidas en la filosofía y el pensamiento social desde la antigüedad. Según los estudiosos, se trata de una de los temas más perdurables en política y se ha convertido en el siglo XX en uno de las más centrales y debatidos; se le atribuyen significados y connotaciones muy disímiles en su larga historia y se le define desde el punto de vista académico en la actualidad con enfoques bien diferentes, acorde con el contexto de los distintos contextos socioeconómicos en los cuales se le ubique. No obstante, la mayor parte de los criterios coincide en destacar que en la base de las diversas definiciones de

democracia, está la idea del poder popular o del pueblo; o se enfatiza aquella situación en la cual el poder y la autoridad descansan en el pueblo.

Una de las conceptualizaciones más conocidas de la democracia en las condiciones de la sociedad norteamericana --quizás una de las más familiares--, sea aquella dada por Abraham Lincoln, en el siglo XIX, al concebirla como “el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”, en la que también se insiste en la idea anterior, es decir, en la importancia del poder popular o del pueblo, como elemento esencial de la democracia. Con independencia de lo que se entienda por pueblo --cuestión fundamental, que ameritaría un análisis aparte--, lo cierto es que a lo largo de la historia, la democracia ha sido entendida y asumida, la mayor parte de las veces, bien como forma de gobierno, bien como conjunto de reglas que garantizan la participación política de los ciudadanos, como exigencia moral y humana, de valor como principio universal, o bien como método de ejercicio del poder.

De este abanico, conviene subrayar la variante que distingue la democracia cual forma de gobierno en la que el poder político es ejercido por el pueblo, lo que lleva consigo el principio de la participación popular en los asuntos públicos y en el ejercicio del poder político. La participación, por tanto, es primordial a la hora de comprender y asumir la democracia. No obstante, no siempre existe consenso acerca de lo que se define como participación, como tampoco con la manera de entender el concepto de pueblo. Y es que de ello se desprenden consecuencias

trascendentales a la hora de determinar el alcance real de la democracia.

En los Estados Unidos, durante el período de la guerra de las trece colonias contra Inglaterra, hacia finales del siglo XVIII, la discusión en torno a la democracia tuvo lugar entre contradicciones y conflictos, a través de un proceso que no fue lineal. En ese contexto se desarrollaron las dos tendencias ideológicas fundamentales que influirían posteriormente en las nuevas instituciones políticas y jurídicas y en la formación del Estado norteamericano moderno: la antipopular, liderada por los federalistas Hamilton, Madison y Jay; y la democrática, encabezada por Jefferson y Paine. En cuanto a la forma de gobierno que debía adoptar el Estado norteamericano, los federalistas se pronunciaban a favor de la monarquía constitucional a semejanza de la inglesa, mientras que los partidarios de la tendencia democrática abogaban por la república democrática burguesa. Como se sabe, finalmente se impuso esta última posición.

A partir del siglo XIX, con el famoso libro de Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América*, en 1835, se incorpora un nuevo término al lenguaje político en los Estados Unidos: el de *democracia representativa*, cuyo efecto sería trascendental. Se comienza a utilizar el término acuñado por dicho autor, concediendo al sufragio y al sistema electoral en general, el papel esencial dentro del ejercicio democrático y relegando a un segundo plano la participación ciudadana en la toma de decisiones y en el ejercicio del poder. Esta idea, de *la representación liberal burguesa* que se plasma en la sociedad norteamericana --que no rinde cuenta, que

no es revocable, que se desvincula cada vez más de los intereses populares--, es, desde luego, la negación misma de la democracia. Y sin embargo, he ahí uno de los mitos ensamblados, con el aval de la historiografía tradicional norteamericana, en la cultura nacional de los Estados Unidos, en el imaginario de su población, y en la imagen mundial que proyecta ese país.

Con el desarrollo del capitalismo se producen cambios radicales en la concepción de la democracia y de la participación que se había establecido, a través de la sociedad esclavista y feudal. La vida social se hace más compleja, toda vez que se amplían las esferas de participación ciudadana, y que se incrementan las personas con derecho a participar. La participación en el ejercicio del poder y en los asuntos del Estado, bien directamente o por medio de representantes, es consagrada jurídicamente como uno de los derechos fundamentales del ciudadano, extendiéndose a grandes capas de la población. Se convierte en un atributo de las masas, sobre la base de la idea de la soberanía popular.

Anticipándose un poco a la célebre revolución francesa, que consagra tales principios, la que tiene lugar en los Estados Unidos, con base en la *Declaración de Independencia*, de 1776, en la *Constitución*, de 1787 y sobre todo con las enmiendas que introduce la denominada *Carta de Derechos (Bill of Rights)*, los atributos de la democracia entrar formalmente en vigor en la vida social y política norteamericanas: la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de asociación. La historia ha mostrado, más de una vez, los

límites reales con que tropieza el ejercicio de tales atributos.

Desde la Constitución, la idea relativa a lo que luego se entronizaría como la forma básica de participación en la vida social y política de un Estado o país --las elecciones, el sufragio—quedaría recogida, en términos del derecho a elegir y a ser elegido. En una sociedad como la estadounidense, la cuestión de la democracia se reduce, como regla, a la institucionalidad de las elecciones. Si existe el derecho al sufragio, hay democracia. Si no existe, ni hablar de democracia.

En el siglo XX, esa concepción específica, restringida, reduccionista, unilateral, se estrecha aún más, en la medida en que según los enfoques norteamericanos, los procesos electorales son expresión de la democracia sólo en aquellos casos en los cuales se reproduce el esquema válido en los Estados Unidos. Si no se lleva a cabo a su imagen y semejanza, entonces los mecanismos democráticos no son reales o son incompletos. Por tanto, fuera de ese patrón, no existe la democracia. Los medios de difusión, el arte y la cultura en los Estados Unidos (e inclusive, también desde muchos otros países) han contribuido, queriéndolo o no, no sólo a difundir los bienes de consumo que simbolizan a esa sociedad, sino el modelo de democracia que se supone es de valor universal, y que de modo legítimo puede extenderse a la cultura no occidental.

Teniendo en cuenta la significación o peso que tienen los procesos de elecciones presidenciales para la comprensión de la democracia en una experiencia como la de los Estados Unidos, es que generalmente se

unen las dos cuestiones al hablar del sistema político de ese país. No es inusual hallar la expresión de que el mismo es, por excelencia, un “sistema democrático” o un “sistema electoral democrático”, cuando se está haciendo alusión al carácter y contenido que allí asume el bipartidismo y el proceso electoral, donde se relativiza el significado del voto popular.

Pareciera que, ante tales verdades, aún faltan algunos requisitos para afirmar que los Estados Unidos, en sus ya casi doscientos cuarenta años de experiencia como Estada-nación, han satisfecho la promesa democrática. Sobre todo, si quisiera entenderse el asunto a la luz de lo que precisa Zinn, en las últimas líneas de su citada obra. En ella comenta que el principio democrático que puede estar presente, subsumido, en el espíritu de de la *Declaración de Independencia*, “declaraba que el gobierno era secundario, que el pueblo que lo había establecido era lo primero. Por consiguiente, el futuro de la democracia depende del pueblo, y de su conciencia creciente acerca de cuál es la manera más decente de relacionarse con los seres humanos de todo el mundo”¹³. Compárese esa aspiración con la realidad norteamericana de hoy. Parece obvio que la promesa no se ha cumplido y que la vocación democrática de los Estados Unidos tiene mucho más de expresión mítica que de verdad.

Zinn, intelectual orgánico y paladín de la desobediencia, entre nosotros

El célebre escritor norteamericano Mark Twain expresó que “la nueva bandera de los Estados Unidos debería ser con las rayas blancas pintadas de negro, y las estrellas sustituidas por un cráneo y dos huesos cruzados”,¹⁴ aludiendo a las peores tradiciones de la práctica imperialista. Está claro que esa simbología satírica sugiere identificar la bandera de los Estados Unidos con la que usaban las embarcaciones piratas en el pasado. Téngase presente que Twain fue testigo tanto de la guerra civil como de los procesos que, en la última década del siglo XIX, indican la transición del capitalismo premonopolista al imperialismo, incluyendo la intromisión en la guerra entre Cuba y España. De ahí que el tono de sus obras fuese a menudo de parodia y de crítica mordaz al referirse a las acciones expansionistas, agresivas y genocidas, que negaban el ideario de la Revolución de Independencia y la noción de democracia en la tradicional usanza norteamericana. Su alusión metafórica al blasón de los Estados Unidos como símbolo de la nación en términos de piratería no sólo es elocuente, sino también, justa.

La obra de Zinn incursiona en la historia estadounidense mediante un formato ajeno a la estructura habitual de los textos referidos a esa temática, y desde luego, no constituye ni un manual ni un libro de texto, concebido para la enseñanza; tiene la virtud de entrar y salir en pasajes históricos, combinando

¹³ Howard Zinn, Op. Cit., p. 512.

¹⁴ Mark Twain, "To the Person Sitting in Darkness", en *North American Review*, Vol. 172, February, Boston 1901, p. 176.

anécdotas, sentido del humor y vivencias propias. Por eso es que se conjuga muy bien con la expresión de Mark Twain.

La otra historia de los Estados Unidos es una contribución decisiva para la comprensión de que la cultura política norteamericana se define por características del proceso histórico de la colonización inglesa, de la formación de la nación, de las especificidades con que se implantan en ella valores y tradiciones expresivos del individualismo, el apego a la propiedad privada, el puritanismo evangelista, la ética protestante, los sentimientos de supremacía religiosa, racial y étnica, la impronta utilitarista y materialista de corrientes filosóficas como el pragmatismo y el instrumentalismo, de concepciones sociológicas como las del positivismo y el empirismo, el espíritu mesiánico del Destino Manifiesto, el modo de asumir la frontera en términos geopolíticos y la política exterior bajo el signo de la *realpolitik*.

Entre otros aspectos de gran vigencia, sobresalen sus agudos análisis sobre el lugar y papel del racismo en la sociedad estadounidense, su evolución histórica, las prácticas genocidas contra la población india o nativa y la sólida crítica a las ideas del politólogo conservador Samuel P. Huntington acerca de la democracia restringida, acompañadas de racismo, intolerancia, xenofobia, nativismo. Su esfuerzo por añadir actualizaciones a *La otra historia de los Estados Unidos* --a partir del vigésimo capítulo, en la tercera edición, incorporando el período de la doble Administración Reagan y la de Bush, padre, así como el epílogo donde aborda el doble gobierno de Clinton y

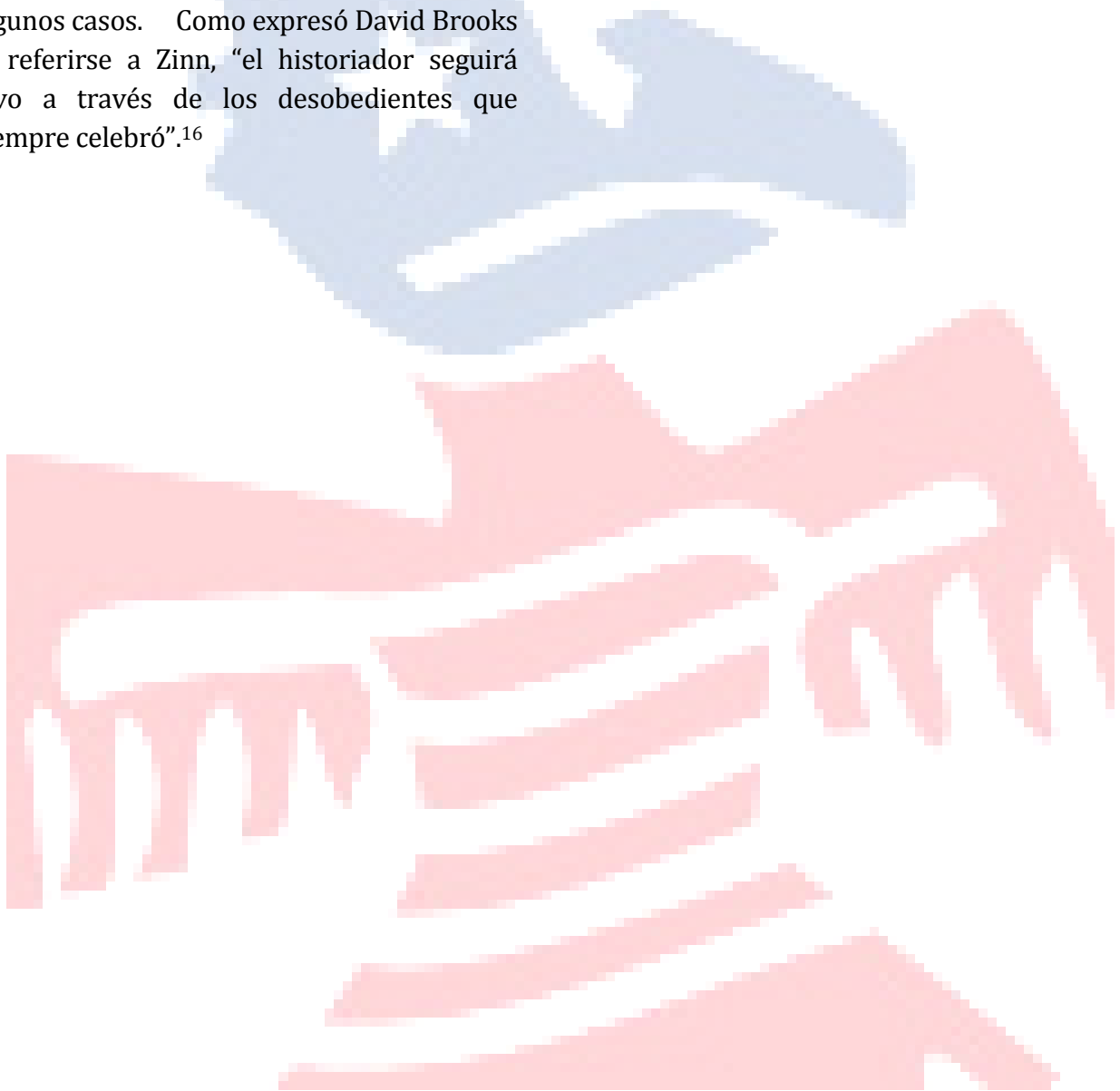
el *Post-scriptum*, referido al proceso electoral del año 2000 y los efectos de los ataques terroristas del 11 de septiembre--, es una muestra nítida, consecuente, de su sentido de compromiso con el oficio de historiador, y condición de intelectual orgánico.

En las circunstancias en que bajo la segunda etapa de gobierno de Barack Obama la intensidad de sus políticas apoyadas en los resortes del *soft power* y el *smart power*, mediante lo cual se le concede un valor agregado a los instrumentos ideológicos, y sobre todo, en un contexto en el que en más de una ocasión (como sucedió en las Cumbres de la Américas de 2009 y 2015), dicho presidente ha llamado a olvidar la historia y a un nuevo comienzo, es conveniente recordar la frase de Zinn, cuando afirma que "si la experiencia histórica tiene algún significado, el futuro de la paz y la justicia en los Estados Unidos no dependerá de la buena voluntad del gobierno"¹⁵.

Zinn sigue presente, cinco años después de su partida física, militando en las filas del pensamiento crítico contemporáneo, dentro y fuera de los Estados Unidos, como un activo estimulador de la historiografía norteamericana. A través de la utilización de sus obras como fuentes bibliográficas en la enseñanza universitaria, de la referencia investigativa en los estudios científicos, de la fuerza del ejemplo de su voz contestataria, y acción contrahegemónica, en una nación crecientemente conservadora, en la que tuvo el valor personal de situarse junto a los oprimidos, Zinn permanece, al igual que otras figuras que ya tampoco están de cuerpo presente, como Edward Said, Gore Vidal,

¹⁵ Howard Zinn, *Op. Cit.*, p. 503.

William Styron, Norman Mailer, que desde la literatura, la crítica artística, el pensamiento social, fertilizaron la cultura de resistencia ante la ofensiva ideológica del imperialismo actual en su país, y contribuyeron a mantener viva la memoria histórica norteamericana, incluso a recobrarla en algunos casos. Como expresó David Brooks al referirse a Zinn, “el historiador seguirá vivo a través de los desobedientes que siempre celebró”.¹⁶



¹⁶ David Brooks, *Op. Cit.*, p. 21.